

Una cultura unificadora en Oaxaca

JUAN SOMOLINOS-PALENCIA *

Bosquejo prehispánico

Para comprender los hechos, hay que partir de sus orígenes; ya sea que aceptemos la tradición prehispánica o la española, todos estamos de acuerdo en que Oaxaca no fue creada desde el origen del mun-

do sino un poco más tarde: unos millones de años después. El encargado de realizar la obra comenzó por disponer de grandes cantidades de piedra; usó tal mole de roca que, aunque debía construir una casa, más bien fabricó numerosos poblados, de suerte que desequilibró la proporción de la comarca y no contento con ello, colocó estos pueblos a diferentes alturas, en climas distintos, consiguiendo así una variedad agrícola que transformó la naturaleza oaxaqueña.

Las fuerzas físicas que han sido permanentes en esta región determinaron el porqué en la época prehispánica y en la colonial se actuó de manera más enérgica: el hombre tenía menos elementos técnicos, menos armas para enfrentarse contra el medio. De manera que un primer hecho de carácter social, que es necesario anotar, es que gracias a la complicada orografía, a la existencia de multitud de pequeños valles, en Oaxaca se multiplicaron los grupos étnicos. Aun los dos más importan-

Conferencia cultural presentada en las XXI Jornadas Médicas Nacionales de la Academia Nacional de Medicina, celebradas del 20 al 24 de enero de 1981 en la ciudad de Oaxaca.

* Académico numerario. Departamento de Bibliotecas y Divulgación. Jefatura de los Servicios de Enseñanza e Investigación. Instituto Mexicano del Seguro Social.

tes numéricamente, que fueron los zapotecas y los mixtecas, a su vez se fraccionaron, se dividieron, no por otra razón que por el aislamiento en que vivían. Entre los zapotecas ese aislamiento creó una separación, que subsiste hasta la fecha, entre los de la sierra, los del valle y los del istmo, ya que están muy caracterizadas esas zonas geográficas.

Por lo que corresponde al otro grupo numeroso, los mixtecas, se habla de los de la Alta Mixteca, y de los de la Baja Mixteca; pero no solamente se fraccionaron en dos grupos, sino además, dentro de la Mixteca Alta, surgieron una serie de divisiones étnicas, correspondientes cada una a un pequeño valle, de manera que existen grupos con características particulares que a su vez establecen, en conjunto, sus diferencias con el resto de los mixtecas.

Oaxaca tuvo su origen, en periodos precerámicos, en civilizaciones muy poco conocidas. Las dos épocas de cultura más antiguas que evolucionaron en Oaxaca se conocen con el nombre de Monte Albán o Valle de Oaxaca I y II, y pertenecen a la civilización olmeca, que usaba la piedra para construir edificios y lápidas con figuras humanas, que hoy conocemos como *los Danzantes*.

Si la cultura olmeca en Oaxaca permaneció encerrada en sus valles y no tuvo gran difusión, en cambio fue la evolución y expansión de los zapotecas y mixtecas lo que situó a esta cultura dentro de los horizontes clásicos mesoamericanos. Indistintamente, zapotecas y mixtecas tuvieron épocas de progreso y decadencia, pero fue su predominio lo que anuló a otros grupos menores.

La conquista

Las rivalidades, los conflictos y alianzas entre zapotecas y mixtecas ocasionaron lo que en la historia prehispánica de Oaxaca se conoce como *las tres conquistas*. La primera ocurrió del siglo XI en adelante y la realizaron los mixtecas, quienes se extendieron por gran parte de la sierra y la costa. La segunda aconteció en el siglo XV y la hicieron los mexicanos, que tuvieron que enfrentarse a la alianza de zapotecas y mixtecas. Por último, aprovechando la rivalidad entre zapotecas y mixtecas ocurrió la conquista española, que debió desafiar los resultados de la invasión mexicana. Entonces predominaban sólo una serie de cacicazgos dentro del grupo mixteca, pero no estaban totalmente unidos ni constituían un conjunto.

En la organización política del mundo prehispánico existía el respeto a la autoridad de los ancianos; autoridad que si bien en un principio se ejercía sobre el clan, se extendió después al gobierno de regiones, comarcas y pueblos, al través de consejos de ancianos que designaban a una persona de carácter enérgico, a la que se consideraba capaz de cumplir con las funciones de autoridad, como jefe ejecutivo.

A la llegada de los españoles, en el territorio oaxaqueño se hablaban diversas lenguas. A dife-

rencia del centro del país, en donde los conquistadores aprendieron el náhuatl para comunicarse con los naturales, en Oaxaca, para tratar con todos los grupos indígenas, era necesario el estudio de muchas lenguas, por lo que se optó por respetar a las autoridades aborígenes, incorporándolas durante los diez primeros años de la conquista a la estructura política española.

Llegó un momento en que fue superada la etapa de los militares conquistadores y se inició y consolidó una estructura administrativa permanente. En el año 1533, o sea 15 años después de la caída de Tenochtitlan, en el actual estado de Oaxaca se creó una división administrativa con el nombre de corregimiento, donde el jefe era el corregidor, una especie de gobernador o autoridad administrativa con gran poder. Al crearse el corregimiento de Oaxaca, el corregidor comenzó a gobernar con un alcalde y una justicia mayor que radicaban en la capital, que entonces se llamaba Antequera. Lo que hoy es el estado de Oaxaca quedó fraccionado en 24 jurisdicciones, entre ellas lo que llamamos la costa de Sotavento, la región veracruzana alrededor de Alvarado. En efecto, durante los siglos XVI al XVIII, Oaxaca tuvo costas en el Golfo y en el Pacífico; es decir, el bajo Papaloapan pertenecía a Oaxaca.

A los cinco o diez años de haber llegado el conquistador el ambiente era pacífico, pero las acciones denigrantes cometidas por los invasores crearon un estado de malestar que culminó en una serie de rebeliones en varios lugares.

Una manera de sojuzgar a los indígenas fue la creación de encomiendas, maniobra muy hábil para justificar espiritualmente al sistema. El encomendero era el encargado de la Corona para adoctrinar a un grupo de personas, civilizarlas e incorporarlas a la religión católica. Esa era su misión benéfica; pero a cambio el señor podía aprovechar el esfuerzo físico de la gente a su cuidado como una compensación al gran servicio que les estaba haciendo, de educarlos y adoctrinarlos. En Oaxaca, en contraste con lo que ocurrió en el centro de la República, las encomiendas cubrieron grandes superficies.

La encomienda más grande adquirió la forma de marquesado, el de Hernán Cortés: el Marquesado del Valle de Oaxaca. La existencia de este feudo, que eso era, más que encomienda, creó una serie de problemas políticos a la Nueva España. Aprovechando la muerte de Hernán Cortés, el rey atestiguó un conato de sublevación del hijo del conquistador, Martín Cortés y le quitó propiedades, que se repartieron en 1596; sin embargo, ni así pudieron las autoridades lograr que la región se tranquilizara.

La obra evangelizadora

Aunque en términos generales la conquista de Oaxaca se hizo en forma pacífica, de aquella conquista tranquila se pasó a una etapa de inquietud, por lo que se recurrió al apoyo de la Iglesia, funda-

mentalmente a los frailes dominicos y después a los jesuitas, mercedarios y franciscanos. Para que se comprenda hasta donde fue benéfica su obra, consideremos el angustioso estado en que se encontraban los indígenas años después de la llegada de los conquistadores españoles, cuando estos, poseídos de un desenfrenado afán de lucro, explotaban al indio alegando "que siendo ellos los señores del país por derecho de conquista, los vencidos les pertenecían y eran legítimamente sus esclavos", otros aducían que los indios eran infieles y que, por tanto, merecían ser tratados como perros y que si algunos eran dóciles al cristianismo, su idiotéz les impedía recibir los Sacramentos y aun alcanzar la luz del Evangelio; otros, en fin, se atrevieron a decir que los indios no eran seres racionales.

En 1526, la provincia dominica en México, a cargo de fray Domingo de Betanzos, ansiosa de extender su obra por la reciente llegada de nuevos frailes, pidió licencia a España para ir a predicar a la parte sur de México. Coincidieron estos deseos con la visita que fray Domingo de Betanzos hiciera a Hernán Cortés.

"Fue en México a visitar al Marqués y enderezar la conversación a la causa de su dolor, y en el pecho cristiano de tan ejemplar señor halló el consuelo que buscaba". El buen marqués le pidió apresurase la remisión de sus religiosos y que para su agasajo escribiría a los principales vecinos de la villa de Antequera, como lo hizo con eficacia, pidiéndoles les ayudasen. Alentado por tan valioso apoyo, como era en aquellos tiempos todo lo que procediese del Conquistador, el padre Betanzos "se resolvió a nombrar dos exploradores que fuesen a ver la tierra y considerar las disposiciones que juzgasen más a propósito para hacer asiento y salir a predicar por aquellas provincias"; fueron escogidos para esta misión el sacerdote Gonzalo Lucero y el diácono Bernardino de Minaya.

En efecto, estos virtuosos frailes llegaron a Oaxaca a mediados de agosto de 1528, "estropeados los pies y quebrantados los huesos de lo fragoso y áspero del camino entre peñascos inaccesibles y a distancias ríos caudalosos que ablandaban los callos que gastaban las piedras", trayendo consigo las cartas de recomendación del marqués "para las cabezas y nobles de la villa", alojándose humildemente en la sacristía de la única "ermita o parroquia" que entonces existía "en un barrio de la ciudad", construida de paja y en la que habitaba desde años antes "un venerable sacerdote clérigo". Posiblemente se trataba del presbítero Juan Díaz, capellán de la expedición que había llegado a Oaxaca con el capitán Francisco de Orozco, cuando este fundó esa villa en nombre del Conquistador.

Uno de los primeros actos de fray Gonzalo Lucero fue pedir al cabildo y corregimiento de la ciudad se les concedieran solares en donde edificar su iglesia y convento, lo que obtuvo el diligente fraile, según se deduce del testimonio expedido por el escribano Francisco de Herrera.

Ya en posesión de esos terrenos, Lucero y Minaya, con la ayuda de los indios de Santa María

Oaxaca (villa del Marquesado) comenzaron a edificar su primer convento, al que llamaron de San Pablo Soriano y que por muchos años estuvo ubicado en las actuales calles de Armenta y López, abarcando lo que hoy es el jardín de San Pablo y la calle de Fiallo: templo y convento que tuvieron que abandonar años después a causa de los terremotos, motivo por el cual decidieron edificar una obra más grande y resistente. Cinco años pasaron antes de que los dominicos iniciaran de lleno la asombrosa cruzada apostólica.

Con el fin de obtener la protección para los indios, Bernardino de Minaya hizo un viaje especial a Roma con objeto de implorar al Sumo Pontífice que condenara la idea anticristiana de quienes no concedían a los aborígenes capacidad para recibir los Sacramentos y los calificaban, por ende, de irracionales; fue aquel misionero quien obtuvo de su santidad Pablo III la famosa bula *Unigenitus*, fechada en Roma el 10 de junio de 1537 y que en su parte conducente dice: "Considerando que los indios, como verdaderos hombres, no sólo son capaces de la Fe Cristiana, pero según estamos informados la apetece con mucho deseo, determinamos y declaramos que los dichos indios y todas las demás gentes que de aquí adelante vinieren a noticia de los cristianos, aunque más estén fuera de la Fe de Jesucristo, que en ninguna manera han de ser privados de su libertad... que los dichos indios y otras gentes sus semejantes han de ser llamados a la Fe de Jesucristo con la predicación de la palabra de Dios y con el ejemplo de la buena y santa vida...".

Vuelto Minaya a Oaxaca, los dominicos se apresuraron al cumplimiento de su colosal obra de evangelización. Ya habían establecido un templo de paja en la villa de Etlá y habían hecho también expediciones continuadas a Tlacoahuaya y Teotitlán del Valle.

Los esfuerzos de estos misioneros tenían como objeto principal la conversión de los indios, cosa que se les dificultaba en grado sumo por la falta de conocimiento del idioma zapoteco y los numerosos dialectos aborígenes, por cuya circunstancia se dieron a la tarea de aprenderlos.

Al principio el apostolado dominico ejerció su actividad en una zona determinada, en la cual existían dos centros que fueron Teposcolula-Yanhuitlán y Antequera. Esta misión se enlazó con la de México por la línea de los conventos de Puebla y del sureste del valle de México.

La Iglesia quedó muy pronto constituida en México, si con el nombre de "iglesia" hemos de entender un número de cristianos gobernados por algunos sacerdotes, pues el bautismo se administró a los indios desde el principio y sin dilación alguna.

Existía la costumbre de bautizar en masa, pues la conversión cristiana se realizaba en tres etapas: explicación elemental de los dogmas fundamentales, bautismo y catecismo. La administración del bautismo era precedida de una breve enseñanza, que podemos encontrar bajo el nombre de *pláti-*

cas, relatadas por Bernardino de Sahagún. Pláticas que no eran otra cosa que los primeros sermones.

Los dominicos se interesaron de manera especial por la formación religiosa de los niños, no sólo porque ellos representaban el futuro, lo mismo temporal que espiritual, de la Nueva España, sino porque previeron también que en los niños hallarían los más fieles y activos colaboradores de su obra evangelizadora.

Los jóvenes, especialmente los educados en los conventos, prestaron mejores servicios aún; hicieron oficio de misioneros en sus propias familias y en los demás indios. Comenzaron, pues, a enseñar el catecismo a los adultos, a denunciar a los religiosos las supersticiones de sus padres; servían de intérpretes y en ocasiones repetían los sermones de los misioneros.

Respecto a los procedimientos individuales, el programa que desarrolló fray Gonzalo Lucero entre los indios de la Mixteca y acerca del cual nos ha dejado Dávila Padilla muchos pormenores, nos parece el más digno de interés. Se dedicó Lucero a enseñar la doctrina a los indios con la mayor sencillez, como si fueran niños y con la mayor lentitud porque, según él sólo a pasos lentos podían progresar y era importante no abrumarlos.

Este religioso usaba grandes cuadros en donde estaban representados por dibujos los principales misterios de la Fe, que se exponían a la vista de los indios, explicándoseles su significado del modo y manera que pudiesen comprender la nueva doctrina que se trataba de inculcar. Los más vivaces de sus discípulos aprendieron no sólo el significado de las pinturas, sino profundos observadores como eran, muy pronto se iniciaron en el bello arte pictórico que con el tiempo llegarían a dominar muchos de ellos de manera tan especial, como lo demuestran, entre otros, los claustros de Etla, Tlacoahuaya y Cuilapan.

Los dominicos utilizaron pues para evangelizar un método que ahora llamaríamos audiovisual, en el que se servían de grandes láminas y otro que llamaríamos dialéctico, en el cual se reducían al absurdo las proposiciones de las religiones antiguas y se concluía con la necesidad de creer en la nueva religión. En cuanto a la Comunión, cuya administración a los nuevos conversos planteó tantas dificultades de orden teológico y práctico, los dominicos la impartían a personas seleccionadas, pero sólo en Pascua o cuando estaban enfermos.

Teniendo como centro los conventos, que se extendían en una amplia red en el país, los sistemas de adoctrinamiento de los dominicos eran básicamente los mismos que los de las otras órdenes evangelizadoras.

La obra misionera y la importancia de las órdenes mendicantes en Nueva España tuvo causas históricas perfectamente determinadas: la necesidad de evangelizar a la población indígena y la necesidad de consolidar el nuevo estado por una aculturación o reducción de esa población a los nuevos moldes culturales. Desaparecidas esas necesida-

des, la existencia misma de los mendicantes estaba en causa. Así, vemos que la preponderancia de los dominicos, como la de las otras órdenes evangelizadoras, disminuyó en los siglos siguientes y sus conventos fueron sustituidos muchas veces por curatos del clero secular.¹

La obra arquitectónica

Los dominicos dejaron huellas fundamentales de su paso por el estado de Oaxaca, entre ellas la distribución y establecimiento de sus conventos; en especial, la arquitectura y decoración de dichos edificios.

"Uno de los factores principales de la arquitectura monumental del siglo XVI fue la preocupación de los frailes por un culto ostentoso, cosa que los llevó también a producir una arquitectura suntuosa. Los religiosos concedieron gran importancia a la liturgia; es decir a las formas externas y al ordenamiento con que habían de desarrollarse las ceremonias religiosas. Para los frailes evangelizadores de México, esta antigua y necesaria disciplina formal, debió convertirse en renovada preocupación, dadas las circunstancias novedosísimas en que iba a efectuarse la tarea evangelizadora".

"La suntuosidad del culto prehispánico fue muy considerada por los religiosos, quienes trataron de compensar, mediante un nuevo esplendor, los ritos antiguos, tan complicados en su ceremonial y ornato. Era natural que los religiosos cuidaran que el rito cristiano no apareciera minimizado a los ojos de los neófitos".

"Entre el clero y sus autoridades prevalecía la creencia de que un culto rodeado de ornato, de música, de pompa, era necesario para que los indígenas se sintieran atraídos hacia la nueva Fe".

¹ Para una información mayor sobre la labor evangelizadora de la orden dominica, se puede consultar:

- Burgoa, Fray Francisco de: *Palestria Historial*. México, 1934. ...*Geográfica Descriptio*. México, 1934.
- Cuevas, Mariano: *Historia de la Iglesia en México*. Tlalpan, 1922.
- Dávila Padilla, Agustín: *Historia de la fundación y discurso de la Provincia de Santiago de México de la Orden de Predicadores, por las vidas de sus varones insignes y casos notables de la Nueva España*. Madrid, 1596.
- Gay, Pbro. José Antonio: *Historia de Oaxaca*. México, 1888.
- Manrique, Jorge Alberto: *Los dominicos y Azcapotzalco. Estudio sobre el Convento de Predicadores en la antigua Villa*. Jalapa. Universidad Veracruzana. 1963.
- Mendicita, Fray Jerónimo de: *Historia Eclesiástica Indiana*. Mexico, 1870.
- Remesal, Fray Antonio de: *Historia general de las Indias Occidentales y particular de la Gobernación de Chiapas y Guatemala*. Guatemala, 1932.
- Ricard, Robert: *La conquista espiritual de México*. Trad. por Angel María Garibay. México, Editorial Jus, 1947.
- Taracena, Angel: *La obra civilizadora de los frailes dominicos en el sur de Nueva España*. Boletín de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística 76(1-3), 1953.

“Si había de darse esplendor y pompa a las ceremonias religiosas, no era posible hacerlo en un cuadro que no correspondiera a ellos, es decir, que los templos con sus portadas, los atrios, las capillas, en una palabra toda la arquitectura, debía de ser también suntuosa para enmarcar adecuadamente la pompa litúrgica”.

“La preocupación de apostolado litúrgico fue pues, un móvil para la construcción de edificios suntuosos. Lógicamente, tal suntuosidad fomentó la construcción de estructuras lujosas, ornamentadas, y desde luego las portadas que por su sitio central fueron el punto donde se concentró la más rica ornamentación, reflejando los gustos y las inquietudes artísticas de la época. Por otra parte, los frailes trataron aquí de recrear a España, construyendo edificios similares a los de su país”.

“Así pues, por estas razones, la grandiosidad arquitectónica debe verse en gran parte como expresión de un sentimiento religioso nacionalista. Es decir, el ánimo de los frailes era impulsado, además de la religiosidad, por un deseo de recreación física de su patria, por nostalgia, por idealismo, por orgullo; en función de una tarea espiritual para el cumplimiento de la cual ellos y España se consideraban como instrumentos predestinados”.

“Finalmente, algo que facilitó y dio gran impulso a la enorme producción artística que nos ocupa, fue el poder político que tanto ansiaban los frailes y que de hecho ejercieron con total libertad a principios del siglo XVI. Pero su deseo de dominio social no era una meta puramente política, sino un medio para lograr el triunfo religioso, tarea para la cual, repetimos, ellos se consideraban especialmente escogidos, y la construcción de edificios conventuales no era una meta de enriquecimiento material, sino un medio de expresar dicho triunfo religioso”.

“El arte novohispano oaxaqueño ofrece un panorama rico y continuado en el que pueden verse los elementos de la arquitectura del siglo XVI pasar al siglo XVII e integrarse al barroco regional definitivamente. Las fachadas de los templos de Oaxaca nunca abandonaron el sentido fundamentalmente arquitectónico en sus composiciones, anteponiéndolo siempre con predominio sobre los motivos ornamentales.

“Dos grupos de obras oaxaqueñas pueden formarse para facilitar este breve análisis; por una parte los monasterios dominicos que se hallan dispersos en su territorio y por otro, las obras que se reúnen en la capital del Estado. En el primer grupo encontramos los edificios más antiguos, construidos en el siglo XVI, relacionados por sus formas renacentistas y otros que, aunque fueron fundados en el siglo XVI, ostentan fachadas construidas ya en el XVII”.

El monasterio de Tlaxiaco parece ser el más antiguo, porque data de 1548 y fue construido gracias al empeño de fray Gonzalo Lucero.² El con-

vento de Cuilapan, fundado en 1550, empezó a construirse bajo la supervisión de fray Domingo de Aguinaga. Esta es una de las obras mayores que posee Oaxaca en el género monástico, que desgraciadamente quedó sin terminar en algunas partes. Otra obra monumental es el convento de Coixtlahuaca, fechado en 1576 y que luce dos de las portadas más espectaculares del arte clasicista en el Estado. Sobre al carretera, poco antes de la ciudad de Oaxaca, se yergue la mole rosada del convento de Yanhuítlán. Su construcción fue iniciada hacia 1550, pero 30 años después hubo necesidad de reforzar el ábside, por lo que el convento se terminó hasta el siglo XVII. Por esto, la fachada principal de Yanhuítlán muestra una transición entre el plateresco y los estilos que prevalecieron después en la zona de Oaxaca, pues se nota la introducción de nuevos elementos de ornato de estilo barroco sin llegar todavía a su protusa exageración.

Para la construcción del edificio fueron asignados seis mil indios, quienes se dividían en diez grupos de seiscientos individuos, con sus tareas específicas cada uno; unos transportaban el agua, otros la arcilla, los más la piedra; el grupo de artesanos dedicados a los trabajos de cantería y albañilería, dependía directamente de los arquitectos que dirigían la obra. Fue tan espectacular el trabajo, que los frailes fueron acusados de malgastar irreflexivamente demasiado esfuerzo humano.

Si bien la acusación era veraz, también es cierto que gracias a ese irreflexivo esfuerzo podemos ahora contemplar la extraordinaria obra que nos han legado aquellos estorzados hombres.³

Casi a fines del siglo XVI, hacia 1580, fue fundado el convento de Tlacoahuaya. La fachada es de gusto popular y muestra la tendencia clasicista y arcaizante de la zona, en una combinación ingenua y desproporcionada; la puerta con vano de medio punto, tiene pilastras lisas y la remata un frontón ornamental, cuyas líneas están marcadas por unas delgadas molduras.

Por último, mencionaremos el convento de Santo Domingo que, desde luego, es fundación de 1535 aunque la gran construcción se comenzó en 1575. De esta época nos queda el hermoso claustro con arcos de medio punto y bóvedas de crucería.

Los primitivos templos oaxaqueños se apartan en mucho del estilo que impera en los de otras regiones del país y en sus detalles dejan traslucir la mano indocta pero llena de fe de los dominicos y en el pulimento y labrado de su cantera verde, el espíritu paciente y dúctil de los indios mixtecos y zapotecas, que bajo el fuerte acicate del ejemplo y de la acción dominadora, iban dejando, en muchas ocasiones sin intentarlo conscientemente, una estilización ingenua y primitiva, sólo por ellos imaginada.

³ Para mayor información consultar a: Gorbea Trueba, José: *Yanhuítlán*, México (Departamento de Monumentos Coloniales). Instituto Nacional de Antropología e Historia. 1962.

² Vargas Lugo, Elisa: *Las portadas religiosas de México*. México, Edic. Instituto de Investigaciones Estadísticas. UNAM, 1969, p. 182.

Por su carácter, España no ha realizado jamás empresa alguna sin dejar de poner siempre en ella su fe, su tesón, su mejor esfuerzo y su completo espíritu. Se empeñó en forjar este Nuevo Mundo a imagen y semejanza de la vieja patria, con su misma religión, su lengua, usos y costumbres.

"España mandó, exportó a América, al hombre, a su hombre y con él y tras él, todo lo bueno y lo malo que tenía en costumbres, virtudes, defectos, creencias, supersticiones, conocimientos, gustos, inclinaciones, necesidades, errores, aciertos, vituallas, animales de renta y consumo, fibras, tejidos... todo. Podríamos decir con entera propiedad, que la idea, la intención de España, fue mandarse a sí misma, trasladarse en cuerpo y alma al Nuevo Mundo descubierto".⁴

En el caso de Oaxaca, la fuerte personalidad de su pueblo y la fusión con el conquistador permitió la aparición de un mestizaje cultural en donde los elementos indígenas infiltraron la mentalidad dominadora modificándola en muchos aspectos.

La conquista tuvo sus personajes; muchos de ellos atravesaron el océano con fines bélicos, comerciales, religiosos o aventureros; algunos representaron grupos o facciones. Desgraciadamente poco sabemos de la nómina de viajeros llegados a México durante los años inmediatos al establecimiento del régimen colonial; pero a nosotros nos interesa particularmente analizar algunas de aquellas primeras figuras peregrinas que llegaron a Oaxaca, pues estos colonizadores, junto con los frailes y militares, fueron los que ejercieron el cambio y la unificación cultural de esta región.

Quizá valgan aquí algunos testimonios sobre los personajes en el siglo XVI y quién mejor que el poeta sevillano, avecindado en México, Rosas de Oquendo, para describir este ambiente y al mismo tiempo su propia imagen, que sin duda sirve como un modelo aventurero de aquellos años.

Ando al uzo de la tierra capotillo con dos faldas,
camisión como ynglés, borseguí, bota de baca.

Sombrero por aforrar, la rropilla con mis llagas,
rremendados los calsones, comida toda la barva;
las manos como carbón; nunca me labo la cara; las
uñas por largas, pueden servir de nabaja a falta.

Ya pasó el tiempo dorado de copete y calsa larga,
dientes blancos, siete puntos, sombrero corto de falda.

Al fin la cansada vida pasó, dando dos mil trazas,
que no es poco en esta tierra bivar de artificio y maña.

Hágome al gusto de todos, que soy bueno para salsa;
tengo cantidad de amigos, pero ninguno con plata.

⁴ Carcer y Disdier, Mariano: *Apuntes para la historia de la transculturación indoespañola*. México, Instituto de Historia. Universidad Nacional Autónoma de México, 1953, vol. 28, p. 35.

Oquendo describió menudamente los engaños de las mujeres y sus mimos, las jactancias de los galanes y sus pretensiones, aludiendo aquí y allá a las costumbres de la tierra. En una se detuvo particularmente, y es la costumbre de jugar las cartas en las tertulias de damas. De este juego, dice Oquendo, resulta el concierto de algunas voluntades. Y luego viene la sesión de bailes: el puer-torrico, las zarabanda y la valona, el taparque, el totarque y otros, en que las damas y hasta las doncellas superan a cualquier "gitano volteador".

Otras veces pintó una pequeña escena de la vida colonial.

Las mujeres, el día del Corpus, van a visitar los altares con "el manto sobre los hombros", van de noche a las fiestas, se juntan en casa del confitero, y por todas partes andan con dos hileras de escuderos, que parecen un entremés ambulante. Los hombres...

Yo vide en cierta ocasión
un hombre de muy buen talle
con una cadena de oro
y término de hombre grave,
que, cierto, lo parecía
en aparato y semblante.
Xubón negro, calza y cuera,
y una camisa de encaxe,
y bordada de abalorio
la pretina y talabarte;
bohémio de razo negro,
sembrado de unos cristales
que, entre el finxir de su dueño
se me finxieron diamantes;
el adrezo de la gorra
con unas perlas muy grandes,
que enlazaban la tuquilla
con sus costosos engastes.
Un águila en la roseta,
las uñas llenas de sangre,
una esmeralda en el pecho
y en las alas dos esmaltes.
Espada y daga dorada
con sus monturas y entalles,
donde se mostraba un cielo
sobre los hombros de Atlante:
quatro negros de librea,
más que su señor galanes,
con vestidos amarillos
y sombreros con plumaxes.
Pero ¡qué sorpresa al día siguiente!
vi al cauallero que e dicho,
estoi por dezir en carnes:
un calsón lleno de mugre,
de muy vasto cordellate,
paseando muy de mañana por la plaza
un zaio cuyos remiendos
unos de otros se hazen;
las manos presas atrás
como si hubieran de asalle.

No vienen a medrar continúa, que allá dejan sus riquezas, sino que, por ciertas travesuras, vienen huyendo de la justicia. ¡Cómo si no se supiese que allá rabiaban de hambre.

En su *Romance a México*, Oquendo describe el interés con los rasgos de un joven novohispano de la época.

¡Ay, señora Juana!
Vusarcé perdone
y escuche las quejas
de un mestizo pobre;
que, aunque romendado,
soy hidalgo y noble,
y mis padres hijos
de conquistadores.

No temo alguaciles
ni a sus porquerones,
que por Dios del cielo
que los mate a coces;
que estoy hecho a andar
por aquestos montes
capeando los toros
como unos leones...

Es un mancebo galán,
talle corto y calza larga,
de oro y brocado se viste
aforrado en finas martas
Valiente, sabio, discreto,
tañe, baila, danza, canta;
requiebros brota y produce,
aunque no habla palabra.

Pero no tan solo recordamos a esta serie de personajes aventureros y más o menos pretensiosos; también se unen a ellos aquellas mujeres que formaron la plana mayor, el núcleo, que empezó la difícil tarea, pero gloriosa, de cambiar las costumbres, modelar las almas de los nuevos nacidos, enseñar las labores caseras de España y, por tanto, introducir su cocina y crear la nueva. Entre ellas, Francisca de Valterra, que después marchó al Perú con su marido, Pedro de Guzmán, donde murieron helados en los Andes. Esta Valterra era valenciana y no sería imposible que fuese la madre de la paella en México. También mencionemos a la Hija de la Vaquera, que fue asesinada por su marido, Juan Pérez; la Medina y la Muñiz, que fue vecina de Oaxaca; fue esta última quizá quien inició la cocina oaxaqueña de hoy.⁵

En este proceso de fusión sabemos que la orden de los dominicos cultivaba en sus conventos multitud de frutas y legumbres españolas.

⁵ Díaz del Castillo, Bernal: *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*. México, Ed. Pedro Robredo, 1944, tomo III, capítulo CCV, p. 228.

"En cuanto a las cazuelas, ollas y jarro de barro vidriado que usan en toda Oaxaca, no son de origen indígena, sino español y aun me atrevo a decir que mediterráneo, pues sus formas, técnicas, color y vidriado todavía se usan en muchos pueblos de España, de donde no han logrado desplazarlos los utensilios de hierro esmaltado, aluminio o plástico como ha sucedido desde su aparición de las capitales". "La misma procedencia tuvieron los peroles de cobre, tan peligrosos por su cardenillo, cuando no estaban bien limpios o estañados". "No es extraño que los conquistadores prefiriesen lo suyo y en cocina, como en todo, trajeron los modelos de su patria, aunque la práctica alfarera en toda América tuviese ejemplares dignos de admiración. La primera manifestación de arte que dan los pueblos primitivos, probablemente antes que la danza, es la alfarería, por cierto, muy semejante en todos ellos, para una edad determinada de su civilización."⁶

Una vieja canción española nos lo recuerda:

"Oficio noble y bizarro,
entre todos el primero,
pues en la industria del barro,
Dios fue el primer alfarero
y el hombre, el primer cacharro".

En las cocinas oaxaqueñas se integraron los utensilios españoles al autóctono molcajete y su tejolote; el metate con su mano, el comal, el agitador del chocolate y la jícara, y al mencionar chocolate, viene a la memoria un párrafo escrito por fray Agustín Dávila Padilla en la *Historia de la fundación y discurso de la Provincia de Santiago de México* (p. 626). Al ocuparse de la vida del bienaventurado padre fray Jordán de Santa Catalina, quien murió en Oaxaca el 6 de febrero de 1592, dice el autor lo siguiente:⁷

"Al fin de sus días le afligió la orina y le mandaron los médicos usar una bebida que en las Indias llaman chocolate. Y es una poca de agua caliente donde se deshacen unas como almendras que llaman cacao y se confeccionan con algunas especias y azúcar. Esta bebida es muy provechosa para consumir flemas y para abrir las vías y confortar el estómago. La golosina de las Indias pervertió esta medicina en regalo y hay grande abuso; añadiendo lo dulce y bebiendo el chocolate a todas horas. Indignábase contra esto y predicaba varias veces contra ello el bendito padre fray Jordán, y cuando en su enfermedad se hallaba bien

⁶ Carcer y Disdier, Mariano: *Apuntes para la historia de la transculturación indoespañola*. México, Instituto de Historia. Universidad Nacional Autónoma de México, 1953, vol. 28, p. 234.

⁷ Suárez de Peralta, Juan: *Tratado del descubrimiento de las Indias*, 1589. México, Ed. Secretaría de Educación Pública, 1949, p. 209, n. 34.

con la bebida, decía que le castigaba Dios tratándole como a regalón en sus postreros años, por no haber él sabido ser penitente en los primeros”.

Y agrega fray Dávila Padilla en el mismo escrito, para consejo y advertencia de los aficionados a esta bebida: “Y porque viene a cuento quitar escrúpulos, o a lo menos no ponerlos, quiero advertir para las tierras donde esta bebida se usa, que es menester reparar en ella los días de ayuno. La duda es cuando se usa por sustento, que realmente lo tiene muy grande”.

En cuanto a la preparación del chocolate tenemos en ello varias costumbres mezcladas. Así, batir el chocolate con molinillo para conseguir la espuma característica es auténtico procedimiento español hasta la fecha; en cambio entre los indígenas el chocolate se agitó con un instrumento llamado alcahuetillo, objeto de madera blanca y dura que parece totalmente una plegadera o espátula tanto en su hechura, como en su tamaño y dimensiones. El puño representa, esquemáticamente, una figura zoomorfa o un danzante.⁸

Como consecuencia de la colonia, se introdujeron en Oaxaca los diferentes tipos de ganado y numerosas flores, frutos y semillas que con los ya existentes, permiten desde entonces una rica y variada agricultura.

Durante la colonia se introdujo la alfarería, la carpintería, la herrería y por las descripciones de Alonso de Herrera,⁹ sabemos del principio, cultivo e industria de la seda en Nueva España. Describe cómo doña María Aguilar recibió del propio Hernán Cortés una libra de semillas como de morera que crió en Yanhuítlan y sirvieron de principio para el cultivo de la seda en la mixteca.

Algunos productos naturales que dieron mucha importancia a Oaxaca en la época colonial fueron los colorantes que tradicionalmente usaban los indígenas: la grana, la cochinilla y el añil se convirtieron en productos de exportación que rivalizaron en importancia con la minería oaxaqueña, que fundamentalmente fue argentífera.

Cierto es que Oaxaca fue lugar de aventureros y peregrinos. Lo atestiguan las hosterías construidas junto con los conventos, pues se tenía la constante necesidad de hospedar al viajero, por ser los únicos lugares donde se podía obtener alojamiento en esas remotas tierras, todavía carentes de mesones y posadas y en las que los transportes se hacían sobre los hombros de los indios o en mulas.

Entre estos visitantes, los hubo imperecederos como el protomédico Francisco Hernández quien, durante los años 1571 a 1577, emprendió la pri-

mera expedición científica de América, siendo particularmente la exploración de Oaxaca la más larga de todos los viajes.¹⁰

Indudablemente representó un esfuerzo temerario e inaudito, sobre todo para un hombre enfermo y de edad avanzada; coincidieron sus recorridos con algunas frases dirigidas a su amigo Arias Montano, en donde habla de calores ardientes, selvas hostiles, inmensos pantanos y miles de insectos dañinos que laceraban la piel con incontables picaduras. La exploración de Hernández por Oaxaca fue bastante fructífera en la obtención de materiales. Las plantas referidas a esta región equivalen al diez por ciento de la totalidad de sus adquisiciones. En su itinerario por la región oaxaqueña fueron las fundaciones dominicas las que brindaron acomodo a la expedición y, aunque no hay constancia exacta de su permanencia en los distintos conventos, son las descripciones de sus plantas donde se mencionan las diferentes localidades oaxaqueñas. La obra de Francisco Hernández constituyó una más de las contribuciones de México a la cultura occidental; muchas de sus plantas siguen siendo estudiadas con fines farmacológicos.

Así pues, si por Oaxaca pasaron aquellos conquistadores, aventureros y peregrinos, también lo hicieron hombres de ciencia, pensadores y sobre todo aquellos humanistas del siglo XVI, fenómenos de cultura que no volverán a repetirse.

Con un suelo donde la corteza se sacude como si quisiera deshacerse de la civilización de hombres creadores que habitan en sus espaldas, Oaxaca es hoy el pasado espiritual de un pueblo que finalmente unido adquirió su propia historia.

⁸ Carcer y Disdier, Mariano: *Apuntes para la historia de la transculturación indoespañola*. México, Instituto de Historia, Universidad Nacional Autónoma de México, 1953, vol. 28, p. 354.

⁹ Herrera, Alonso de: *Agricultura general que trata de la labranza del campo*. Madrid, 1677, cap. 1.

¹⁰ Somolinos, Germán: *Obras completas de Francisco Hernández*. Tomo I, capítulo V: *El viaje y la exploración de la Nueva España*. México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1960, p. 209.